



‘Bolonia ha crecido muy rápido, ha perdido la esencia’

El director de Educación Superior de la Unesco, Georges Haddad, conoce de primera mano la Universidad europea. Como rector y como profesor de la Sorbona, estuvo en los inicios del Proceso de Bolonia. Considera que ponerle plazos puede quebrar su espíritu. «Lo importante es que se haga bien», afirma.

Defiende una Universidad abierta y autónoma, que redefina su papel en la sociedad, con mayor implicación y compromiso de instituciones públicas y privadas. La inversión empresarial le parece una «oportunidad», siempre que se acepte de manera selectiva y no por necesidad. Por eso, apela a la responsabilidad pública. Del Gobierno, dice, depende el equilibrio. PÁGINA 3



ENTREVISTA

GEORGES HADDAD

DIRECTOR DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA UNESCO

«Si una Universidad pública depende de recursos privados, podría destruirse»

EL EX RECTOR DE LA SORBONA PIDE FUERTE APOYO PÚBLICO A LAS UNIVERSIDADES PARA QUE SE ABRAN A LA INVERSIÓN PRIVADA SIN DEPENDER DE ELLA

PALOMA DÍAZ SOTERO

Matemático locuaz, de profundas convicciones humanísticas, Georges Haddad dirigió la Sorbona de París entre 1989 y 1994 y 10 años después llegó a director de la División de Educación Superior de la Unesco. Considera que hemos llegado a un momento en el que hay que redefinir conceptos: primero, el de servicio público de la Universidad; segundo, el de estudiante universitario.

Pregunta.— ¿Cuál es el principal tema de debate en estos momentos en la Unesco respecto a la Universidad?

Respuesta.— Hay cierta diversidad de enfoques respecto a servicio público, servicio privado, privatización... ¿Es la educación superior un bien público o un bien privado en algunos aspectos? ¿Qué significa ser bien público? ¿Puede convertirse en un bien privado, o debe seguir siendo un bien público que evolucione? Porque hoy, con la globalización, la internacionalización y el trabajo en red, no podemos considerar los bienes públicos como hace 50 años.

P.— ¿El Estado debe garantizar el derecho a la educación superior?

R.— Hay que garantizar la equidad en el acceso y ayudar a los estudiantes a ir a la Universidad, pero no como si fueran al cine. Ir a la Universidad es un derecho, pero también es una inversión y una responsabilidad. Conozco estudiantes que han estado en la Universidad... ¡20 años! Y eso no es aceptable. La Universidad no es un club nocturno. Hay que respetar

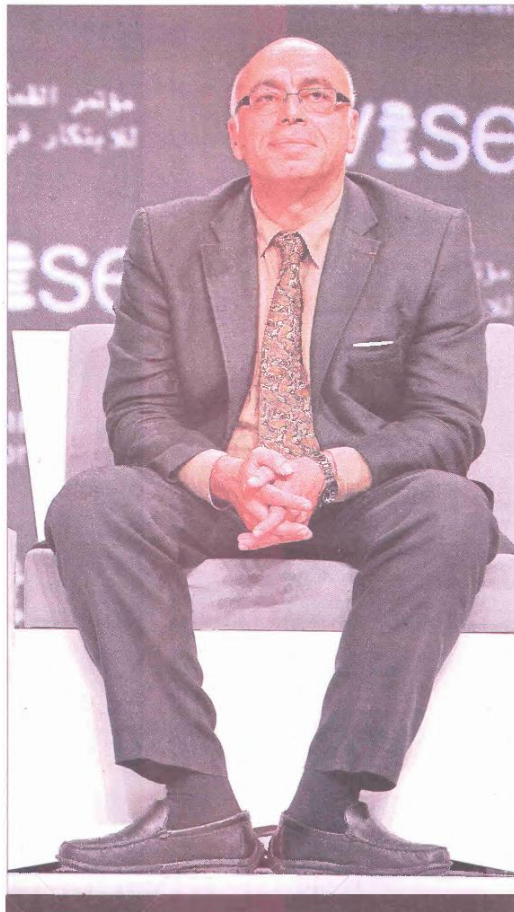
la, porque cuando te quedas demasiado tiempo, le estás quitando la oportunidad de entrar a otra persona. Así que tenemos que repensar la ciudadanía de los estudiantes.

P.— ¿Hasta qué punto es útil que que las universidades se midan en los rankings?

R.— Hay cierta obsesión por los rankings, la competitividad, estar entre los mejores... La competencia es algo natural y si debemos reconocer a los mejores y tener referencias de ellos, pero también debemos apoyar a aquellas universidades que cumplen simplemente con su trabajo. Por ejemplo, si España sólo se preocupa por las que pueden subir puestos en el escalafón internacional, ¿qué va a ser de esas otras universidades que cumplen su misión fundamental en el ámbito local y regional? Se merecen respeto. Unesco nunca hará un ranking de las universidades, pero sí me gustaría lanzar una iniciativa que analice las distintas clasificaciones y proporcione una lectura clara de los mismos para comprender cuáles son los parámetros de Shanghai, los de la OCDE...

P.— ¿Cómo se garantiza la calidad?

R.— Se necesita, primero, que las universidades y los agentes locales estén totalmente implicados. El enlace entre la sociedad y la Universidad es fundamental. Es lo que llamamos el contrato social de las Universidades. La calidad va ligada a este tipo de contratos que hacen que la Universidad cumpla con su misión, y la sociedad en sí se beneficie de la universidad y la apoye. Hay que hacer que los estados miembros sean más respon-



Georges Haddad, en la cumbre de educación de Doha el pasado mes de noviembre. / WISE

sables de sus deberes. No se trata de imponer un modelo, sino de que cada modelo vaya acompañado de responsabilidad pública, ya sea un servicio público o privado.

P.— ¿Está de acuerdo con que las universidades públicas tengan inversiones de empresas e instituciones?

R.— ¿Y por qué no?

P.— ¿No ve usted ningún riesgo?

R.— ¡Por supuesto que es un riesgo! ¡La vida es riesgo! El progreso, la investigación científica, es un riesgo. ¿Qué queremos?, ¿no riesgo? Quédate sentado en tu silla, pero tampoco sabrás si se te puede caer el techo encima. Si queremos una evolución real, tenemos que asumir riesgos. En la Universidad, los riesgos son oportunidades. La oportunidad real que tenemos hoy es abrir las puertas de la

cooperación, de la asociación. La investigación necesita inversiones públicas y privadas. Lo único que tenemos que evitar es la creación de un monopolio. Por ejemplo, si una universidad pública sólo depende de fondos privados, se podría destruir. Si sólo se basa en fondos públicos, también, porque se está creando burocracia. Debemos buscar el equilibrio entre las inversiones.

P.— ¿Cuál es su experiencia como rector de la Sorbona en este sentido?

R.— El sistema francés era sólo público y yo intenté abrir las puertas. Entonces era imposible acoger fondos privados para investigación y programas. Ahora se han abierto, y el nuevo ministro de Francia está intentando dar a las universidades más autonomía y capacidad para crear

esas asociaciones. Definitivamente, éste es el camino. Un bien público significa un bien para todos. Pero, cuidado, si la universidad no tiene el apoyo de la autoridad pública, no tiene capacidad; necesita dinero para sobrevivir y podría aceptar cualquier cosa. Cuando yo era rector de la Sorbona, a veces tenía que decir a los inversores privados: 'Lo que están proponiendo no es relevante, no lo acepto, pero esto otro sí lo acepto, y esto también'. Porque era lo suficientemente fuerte como para rechazar o aceptar. Así que hay que encontrar un equilibrio entre el apoyo público, del Gobierno, que le da a las universidades unos fundamentos y una estabilidad, y la apertura a las instituciones público-privadas.

P.— ¿Cómo evitar el miedo a que desaparezcan algunos estudios, como Filosofía o Filología?

R.— Aquí es donde entra la responsabilidad pública. Hay que garantizar esos estudios. Por supuesto, una empresa que trabaja con nanotecnología o con biotecnología, ¿por qué iba a invertir en Filosofía, Sociología o Psicología? Pero el papel del Gobierno es promoverlo y garantizarlo. Cuando se forma a un investigador, o a un ingeniero, no sólo hay que formarlos en aspectos técnicos. Se le tiene que dar una dimensión de humanidades para que comprenda el mundo, la diversidad cultural, el pluralismo, para que sea capaz de ser un ciudadano del mundo crítico. Lo que hay que hacer es diseñar el papel y la responsabilidad de cada parte.

P.— Usted, que participó en los inicios del proyecto de Bolonia, ¿qué opina del proceso?

R.— El espíritu de Bolonia es crear una ciudadanía global europea. Su principal valor es que crea lazos, relaciones y cooperación entre universidades, para intentar evitar la triste realidad del siglo XX. ¿Dónde estaban las universidades durante las guerras? ¿Hicieron algo para que pararan? Se quedaron mudas. Cómplices, incluso. Por eso es importante completar el proceso de Bolonia, para crear un sentido de responsabilidad cívica entre los estudiantes, profesores e investigadores europeos.

P.— Sí, pero ésa es la filosofía de Bolonia. ¿Qué pasa con el proceso?

R.— Inicialmente, era un proceso progresivo, para que las universidades se unieran al club europeo con la calidad necesaria poco a poco. Pero ha crecido muy rápido. Se ha convertido en un proceso político y, en cierto modo, ha perdido su esencia. ¿Por qué tiene que estar completado en 2010? Hay que darle tiempo, dejar que crezca de manera natural. Lo importante es que se haga bien.